

Carlos Murciano



Hoy has venido

Hoy has venido a compartir
mi soledad de estar contigo.
Partiste el pan, tomaste un sorbo
de vino nuevo, te llevaste
hasta los labios la manzana
y allí quedó tu mordedura,
la viva huella de tu sed.
Luego anduvimos de la mano
por los pasillos silenciosos,
como dos sombras o dos niños
desamparados de estar juntos,
ciegos de tanto conocer.
Por ti la casa fue poblándose
de luces altas, de rumores
en desolvido, de aleteos
de golondrinas zurcidoras
de tanto tiempo desgarrado,
de ese violín que un claro día
te hizo llorar, poner en punto
la aguja fiel del corazón.
Y cuando todo parecía
tan al alcance de la mano,
cuando estar cerca y estar lejos
eran la misma simple cosa
y la ventana se entreabría
para que huyese hasta su cielo
la soledad, el viento malo
de estar sin ti cerró de golpe
y todo fue desconocerte,
recuperar tu larga ausencia,
doblar silencios y penumbras
y contemplar en los espejos
tu larga lluvia de no ser.

Me parece que/ el aceite es un milagro,/ la
uva madura vino rosado,/ el excelso trigo
pan,/ y el pan y el vino// - ¿de dónde pro-
vienen?...-/ se transforman en ofrendas
para mis manos/ en el altar.

He hallado en ti/ el dolor antiguo/ de mis
antepasados:/ la desdicha y la pesadum-
bre/ de mis antepasados/ transfiguradas en
sonrisa.

Vuelvo a tu cuerpo

Vuelvo a tu cuerpo como vuelve el río
cada noche a la mar, como al tejado
la golondrina que emigrara, como
al invierno la lluvia, a agosto el sol.
Vuelvo al arrullo fiel de tus palomas
gemelas, a la sima de tu vientre,
a la redonda cima de tu vientre,
al horno vivo de tu vientre, donde
vas cociendo a los hijos, conformando
su corteza y su miga candeal,
pera un día ofrecérmolos -a mí
y a la vida- como una hogaza tierna.
Vuelvo al final de cada día, hombre
vencido, a tu regazo. Mira el signo,
mujer, mira las huellas de los golpes,
mira el plomo en mis alas. Cicatriza,
restaña mis heridas, recomponme
para nacer mañana nuevamente,
hunde tu mano en mis cabellos, hazme
dormir. La noche es larga como un sueño
y, como un sueño, efímera. Desnúda-
te, mujer, y desnúdame de penas
y soledades.

Mira, como el río,
como la golondrina, como el sol,
como la lluvia, como un hombre, he vuelto.
Abre la puerta, acércale tu llama
a estos leños helados, y hazme un sitio
a tu derecha.

El mundo va a empezar.

Cuando te confieso/ que vivo feliz,/no sig-
nifica que no padezca/ penas.

Cuando te confieso/ que vivo feliz,/ te quie-
ro dar a entender/ que en mi alma todavía
anida la esperanza.